

nen ciertos pudores ó los hombres maduros que ya no tienen pudores ningunos,—á los padres cuyas hijas duermen soñando sueños blancos en las discretas alcobas de los hogares sacros, y á los esposos cuyas esposas velan pensando pensamientos negros, abrazadas adulterinamente al desengaño en los conyugales tálamos abandonados...

Santa se dejó llevar, disfrazada con un sencillo dominó obscuro y un antifaz de terciopelo y blonda. A eso de las 2 de la madrugada hizo irrupción la caterva de la casa de Elvira en el teatro de Arbeu, de suyo feo, y acabado de afeár por su transmutación en salón de baile. Serían una media docena. Acompañadas de sus galanes, cuatro; sin acompañantes, Santa y la tísica, que lucía disfraz de maga ó hechicera para disimular sus flacuras enfermizas. Cerraban la comitiva Genaro é Hipólito, pues, alegó éste último, su deber era acompañarlas, dado que el teatro en cuestión, hallábase frente por frente de su domicilio. Pretexto infantil, evidentemente; iba por estar más tiempo donde estuviera Santa, por cuidar de ella, ciego y todo. Tenía recomendada á su lazarillo una vigilancia excepcional:

—En cuanto distingas al de trenza, al maldito ése, me pones cerquita de él y no le apartas la vista ojo! y caso que, Dios lo libre, intentara hacer algo á Santita, me empujas recio encima de él y corres á llamar á un gendarme. No se te olvide, Genarillo, que yo me encargo de no permitir ni que se mueva...

Pagaron las parejas sus entradas, es decir; pagaron las mozas por sí y por sus queridos;

pagó Santa por ella y por la maga tísica, é Hipólito se hizo el perdidizo, pagó después por él solamente alegando que su lazarillo no causaba ni cuarto de paga:

—Es un inocente!—añadió en són de broma.

El empleado de la taquilla, que conocía al pianista, se asomó á inspeccionar á Genaro, siguiendo la ocurrencia:

—Ni de balde puede entrar tu angelito, porque es prohibido prostituir á menores... Entra tú, don perdido! me pagarás luego un aguardiente... pero, de veras, esconde á este prójimo, que se instale por la cantina ó por los pasillos, está muy mocososo y muy derrótado... ¡Dejen pasar á ese ciego sin boleto!—gritó á los custodios de las rejas.

Por una de las entradas laterales del lunetario convertido en sala, introdujéronse Hipólito y Genaro, escondido el lazarillo entre su amo y el muro.

—¿Qué ves?—preguntó el músico,—¿ves á Santita?

—De aquí no, nos tapa la gente y hay mucha bola ¿no oye Ud. qué *ruidero*? Mejor nos sentaremos abajo, ya vide unos asientos vacíos.

A fuerza de codos, de "con licencias" y de "Uds. disimulen" abriéronse paso, lograron descender las gradas é incrustarse en las dos primeras lunetas que encabezaban una de las pocas bancas arrimadas á los barandales de plateas y balcones.

El *ruidero* á que Genaro había aludido, era de veras formidable, mixto, de facticia alegría: la orquesta, instalada en tres palcos segundos, vertía desde arriba un diluvio de notas; de más

arriba, de la galería, caían carcajadas, observaciones, chistes de artesanos algo ebrios que presenciaban el para ellos inusitado espectáculo; del palco primero ocupado por el regidor de turno y por un comisario de policía asistido de un comandante de gendarmes uniformado y de varios gendarmes en pie, descendía la sola nota fría de la reunión; de las plateas, en su totalidad ocupadas por troneras viejos que ya no bailan pero que no prescindían de estas sus favoritas bacanales, y por troneras jóvenes y adinerados que no se dignan alternar con la plebe masculina, con los varones que colman el salón, de las plateas entáblanse diálogos con las enmascaradas, con los conocidos que hay que saludar so pena de disgustos y enconos; se invita á cenas limitadas, en los antepalcos; se brindan copas de champaña que hierve dentro del cristal, se derrama con los vaivenes y alfombra el piso de pequeñas espumas playeras que se traga el sediento polvo del suelo ó que apagan pisadas de bailadores y orlas de faldas mujerieles. De abajo, sube el polvo; se eleva un pronunciado olor á perfume, á alcohol, á sudor; se remontan risas, juramentos, besos; asciende el Deseo, múltiple, potente, desenfrenado, y todo ello llega hasta los techos, estréllase contra las bombas opalinas de los focos voltáicos, cual mariposas deslumbradas que flotasen en la atmósfera gris. La apretada masa humana se agita al compás de la música; las bocas se juntan; las manos buscan algo y algo encuentran; los bustos se entrelazan como para no soltarse nunca; un malsano regocijo se apodera de ellos y ellas; míranse las manifesta-

ciones iniciales de locura que el alcohol genera; los duelos espantosos, de duración de relámpago, de los amores que agonizan, se acusan en las caras trágicas... El bastonero, con correcciones de ministro diplomático en lo irreprochable de su traje de etiqueta y en lo cortés de sus modales, apoyado en su largo mástil florido, con cascabeles, cintajos y moños, es el islote de paz en esa deshecha turbonada; sin embargo, tiembla, tiembla al unísono del teatro entero que resulta endeble para resistir aquel desbocamiento de hombres y de hembras que giran y se oprimen y magullan, que dicen quererse, que creen que se quieren... De repente, el mástil florido, con cascabeles, cintajos y moños que sobrepasaba todas las cabezas, crece más todavía, las sobrepasa más; por un segundo, sus cintajos ondean igual á grimpolas de navío que zozobrara ó á flámulas de festival pagano; luego se abate, choca contra el piso, y sus cascabeles y sus discos suenan desapaciblemente. Calla la música, los enlazamientos se interrumpen, las charlas íntimas se mutilan, y la masa, disgregada, sale en tropel de ganado que huye, hacia la cantina y sus mesitas, hacia el alcohol que promete consuelos y olvidos, resistencias y conformidades, dicha, venturas, alegrías ¡á peseta la copa! Es el intermedio.

Empinado en su asiento, Genaro exploraba el salón y agachábase al oído alerta del ciego que reclamaba informaciones. No parecía "El Jarameño"; había diversos toreros, "El Lagarto", "El Obispo", "El Esto" y "El Otro", pero de "El Jarameño" ni luz...

—Busca bien, Genarillo, busca bien!... ¿Tampoco ves á Santita?...

No, tampoco... aunque sí, un momento, que la mirara de frente para poder cerciorarse...

—Si la veo, patrón, ya la vide... está en la platea de los *catrines* del *clu...* no tiene puesta la máscara... ahorita brinda y se baja el capuchón... todititos se le amontonan, amo, como si ella *juera* panal y los "rotos" moscas...

—Sobra, Genaro, ya no mires más y vámonos, que al menos con éstos se halla segura y no corro el riesgo de que vuelvan á robármela..

Principiaba una mazurka á atraer bailadores al salón y aprovechando el tumulto Hipólito y Genaro se retiraron por los pasillos interiores en los que dormitaban los responsables del guardarropa, fumaban subrepticamente viciosos empedernidos, y algún *Pierrot*, de enharinado semblante, estrechaba el talle de *Colombina*, suplicándole en lo privado que siquiera por esa noche le fuera fiel y de corazón lo amara.

El ciego y el lazarillo avanzaban en silencio; cruzaron el vestibulo cuajado de mesitas desiertas, salvo una que otra en que disputaban rezagos, borrachos ya. En la del rincón, una *arlequina* solitaria y muy ojerosa, canturreaba empapando su careta en las lagunas diminutas que las bebidas vertidas habían formado en el sobado tablero. Después, codearon á un gendarme; después oyeron, por el mostrador de la cantina, confundido entre vociferaciones, carreras é insolencias, el eco odioso de una bofetada... avanzaron aun... la calle.

Es un misterio averiguar de dónde sacaría arrestos Hipólito para hacer lo que hizo al día siguiente. Ello fué que llegando á su trabajo más

temprano que de ordinario, se permitió solicitar de Santa una entrevista en debida forma, por conducto de Eufrasia:

—Pregunte Ud. á Santita si puede recibirme á solas en su cuarto, para decirle dos palabras que me interesan...

Pidióle Santa su permiso, luego de saludarse y de que Hipólito se arrellanó en el canapé, para continuar rizándose el cabello suelto; operación que llevaba á cabo en una silla frente á la luna de su tocador americano, las tenazas calentándose en la bombilla de su encendida lámpara de petróleo, y ella, Santa, muy escasa de ropas, su bata y otras prendas en la cama; recién bañada, según se colegía de la amplia bandeja con jabonadura, que en el suelo descansaba, y de un olorito á agua de Colonia, que flotaba por el cuarto.

—¿Qué me quiere Ud. decir, Hipo?

—Pues, Santita,—empezó el ciego... Y soltó su pena, de una vez, elocuente y hasta imperioso á trechos, necesitando nó nada más que conocieran su cariño y lo toleraran, sino que se lo correspondieran, ya que no en idéntica dosis,—porque los imposibles no se improvisan ni con las manos se coge el cielo.—por lo menos en dosis menor, muy menor, que él encargariase de cuidar y regar, cual si de planta delicadísima se tratase, de esas que un triunfo cuesta que al cabo de los años florezcan y perfumen, pero que por remate perfuman y florecen premiando los afanes y desvelos del floricultor tenaz. El no sabía de similes ni de palabrerías con que cautivarla, y si á planta delicadísima comparábala dependía

la comparación de que él, aunque ciego, sólo á las flores había amado, después que á su madre, se entiende, puesto que su madre le enseñó á quererlas, á aspirar sus aromas, á diferenciarlas:

—Y en cambio, ni las flores ni nada me enseñó á querer á mi madre ¡aprendí yo solo!... Vea Ud. si es curioso, Santita, por mucho que los dos amores sean muy distintos, también el que por Ud. siento se me ha entrado como el otro y también me llega hasta los huesos y también carezco de recursos para desterrarlo... y eso que á Ud. la quiero contra mi voluntad ¡como Ud. lo oye! pero la quiero á Ud. muchísimo... ¡no hay idea de lo que la quiero á Ud.!...

—Pero, Hipo...—lo interrumpió Santa volviéndose á mirarlo, en la una mano las tenazas enrojecidas, en la otra un rizo de su frente, que se le enroscaba en los dedos lo mismo que amaestrado reptil; al descubierto, por la postura, las manchas negras de sus axilas.

—No hay pero que valga, Santita,—insistió Hipólito,—no hay más que cariño de mi parte, un cariño ciego, sobre que ciego soy yo; y de la de Ud., lo comprendo como si ya Ud. me lo hubiera dicho, no hay más que repugnancia, extrañeza y, si bien me va, una puntita de lástima ¿verdad?... ¡no lo niegue Ud.! si yo soy el primero en confesar que tiene Ud. razón que le sobra, sí, Santita, debo parecerle á Ud. un monstruo, porque soy un monstruo de fealdad; pero aquí, adentro, Santita, mi fealdad no es tanta, puede que hasta haya purezas que no todos le ofrecen porque no todos las poseen... ¡Quiérame Ud., Santita ¿qué le cuesta?... Vea Ud.—agregó levantándose,—

vea Ud. cuánto la querré que, ahora mismo, yo sé que está Ud. desnuda casi, que podría yo echarme sobre Ud. y no dejarla escapar, así, cerrando mis brazos (*cerrándolos estrechamente en el aire*) hasta ahogarla ó hasta que por miedo me dijera Ud. que sí, que sí á todo... ya, ya sé, Ud. gritaría, á mí me llevarían amarrado á San Hipólito, con mis iguales los locos furiosos, ya lo sé, pero sería después de haber logrado algo... Y sin embargo, vea Ud. cómo sujeto esta fiera que ruge dentro de mí, cómo le acorto la cadena para que se calme matándome y devorándome las entrañas, con tal de que á Ud. ni su aliento le llegue, con tal de que Ud. no me cobre miedo... véalo Ud., Santita, vea Ud. cómo vuelvo á sentarme y qué quietecito me quedo, porque Ud. no me arroje de su lado...

Santa, que á los comienzos del paroxismo del pianista se creyó en positivo riesgo y se levantó de su silla yéndose en dirección de la puerta, tras la que se parapetó sin preocuparse de que el camisón de seda se le resbalase,—dado que Hipólito, así ella se desnudara completamente, no podría mirar su desnudez,—se tranquilizó de advertirlo tranquilo, de nuevo en el canapé, suplicante y sumiso, en humilde actitud de infeliz que se ha ido del seguro y teme que lo riñan. Al propio tiempo, leía en los horribles ojos blanquizecos del ciego, en su persona toda, un cariño hondo y avasallador por ella engendrado, por ella nutrido. Por la vez primera, antojósele que Hipólito sin ser un Adonis tampoco era un monstruo, nó, era un hombre feo, feísimo por su exterior, mas, si en realidad por dentro difriese de

los que á diario la poseían, junto á quienes Santa reconocíase inferior y degradada?... si en efecto Hipólito la estimase mujer perfecta y superior á él?... si resultáramos con que la haría feliz?... No, no, romanticismos y disparates. Hipo era un monstruo, y mucho que sí; Hipo era un pianista de burdel, mugriento y mal trajeado, sin tener en qué caerse muerto; un individuo quizás más desdichado que ella misma... Menudo cisco el que armarian las mujeres si ella abandonaba la casa para vivir con el músico!... ¡Ni por pienso!

—¿Nada me contesta Ud., Santita?—preguntó Hipólito que continuaba en su mansa actitud de vencido.

—Sí, Hipo, voy á contestarle,—le replicó Santa, que, hurgando dentro de su sér encontróse con un resto de honradez y se lo daba gustosa á su enamorado, como se da la moneda última al que demanda nuestro auxilio.—Sé que Ud. me quiere, me lo ha probado cien ocasiones... y yo, francamente, por ahora, no lo quiero á Ud... pero no me inspira asco ni repugnancia, eso nó... Y vea Ud. qué cosa, Hipo: si supiera yo que se le acababa á Ud. este cariño que me tiene, me entristecería mucho ¡quién sabe por qué!... se me figura que el cariño de Ud. me defiende de lo malo que puede sucederme, que me sucederá... se me figura (*solemne y sincera, divisando un porvenir sombrío,*) que Ud. y yo no hemos de separarnos... ¿cómo le diré á Ud.?... ¡vaya! que Ud. y yo hemos de encontrarnos en momentos difíciles... estoy cierta de que he de quererle á Ud., ignoro cuándo, algún día!... ¿Quién es?—gritó colérica al que llamaba en la puerta.

—Soy yo, niña Santa,—respondió Eufrasia,—que ahí está el coche que manda el señor Rubio y que está esperándola á Ud. ya sabe dónde.

—Bueno, que se espere; voy en seguida.

Empezó á vestirse, á grandísima prisa; sin pudores porque de ellos carecía y porque aun cuando de ellos no hubiese carecido, la ceguera de Hipólito autorizábala á vestirse cual si se hallara á solas.

Los ojos de Hipólito, no obstante no ver, habíanse cerrado, su barba hundíasele en el pecho, y sus brazos, como ropa colgada de una percha, pendíanle de los hombros, desmazaladamente.

En el silencio del cuarto, escuchábase sólo la agitada respiración de Santa que se apresuraba, y los complejos ruidos que las prendas de vestir, conforme iba poniéndoselas, hacían en su cuerpo. Tales ruidos, el ejercitado oído del ciego traducíalos á maravilla, suplía la ausencia de vista, proporcionábale una exacta contemplación mental de Santa, lo mismo que si la palpara ó ayudase á vestir. De ahí que, igual á los chiquillos que persiguen no revelar su presencia, Hipólito conservase su inmovilidad para que Santa, al reparar en él, no le ordenase salir y dejarla en paz. Y con el pensamiento, muy cerrados los ojos ciegos, lo presencié todo: cuándo Santa quedó desnuda, al mudar de camisa, la de casa por una de calle y de seda también, que acusó su calidad en el frote contra la carne limpia y dura; cuándo se sentó á meterse las medias, que por ser asimismo de seda, se resistían, y la silla gemía con los esfuerzos de la muchacha; cuándo se fijó el corsé, cuyos cordones sil-

baron al apretarle la cintura, al atravesar ojillos, al doblarse en los broches; cuándo el refajo se deslizó, y cuándo extraía de su ropero el vestido, la toca, el abrigo, los guantes.

—Hipo!—exclamó Santa, de espaldas al pianista,—en prueba de nuestra más que amistad, voy á confiar á Ud. un secreto en reserva: De una circunstancia que al momento sabré, dependerá que me “comprometa” yo con Rubio... nos contentamos anoche, en el baile... insiste en que viva yo con él... Ud. mismo me aconsejó que aceptara ¿se acuerda?... ¿No me odiará Ud. si me “meto” con él, y si algo me pasa, contaré con Ud.?

—Conmigo, Santita, cuenta Ud. cuando se le antoje... ¿acaso á nuestros esclavos ó á nuestros perros les preguntamos eso?... Sólo una condición, quiero decir, un favor: que me avise Ud. qué día se va de aquí y que me consienta visitarla, muy de tarde en tarde, cada semana ó cada mes ¿quiere Ud.?

—Sí, Hipo, sí, si quiero... pero cuidado con publicar ni media palabra de esto! Si supiera Ud. cuántas envidias y cuántos odios me persiguen desde que he vuelto á la casa!... Mañana hablaremos ¿eh?... junto al piano, como antes, tocándome Ud. mis danzas viejas, mi “Bienvenida”... Y ahora, me marchó, que se impacientará mi hombre...

Salieron al patiecito, y Santa cediendo á irresistible impulso, asió al ciego de una mano, y tornó con él al cuarto.

—¿Qué ocurre, Santita, se ha olvidado alguna cosa?...

En lugar de respuesta, Santa venció sus ascos, cerró los ojos, y cual si cumpliera con obligación ignorada, caritativamente, besó á Hipólito en plena boca! Y escapó, á menudo trote femenino, recogiendo la falda; y el ciego se quedó petrificado, sin alientos, todo su cuerpo miserable y mal vestido recargado á la pared, muy abiertos sus horribles ojos sin iris, en cruz los brazos rígidos, como si acabaran de ajusticiarlo y su cadáver tardara en desplomarse para siempre.

Presa de interno deslumbramiento y ya sobre aviso, pronto esclareció, dale que dale al piano, que Santa no se engañaba; que sus compañeras, y aun Pepa inclusive, daban indicios de cansancio, de no tolerar por más tiempo el que Santa fuese la preferida del público y la mimada de la dueña de la casa. Ya no se concretaban á enumerar los defectos de la *reina*, ya los abultaban y en corrillos comiansela á críticas y censuras. Era la rebelión sorda que mina los tronos y se gana adeptos hasta entre los indiferentes y bienintencionados. Por suerte, ahí estaba él, Hipólito, resuelto á defender á Santa de asechanzas y peligros; resuelto á desbaratar planes y anondar camarillas malevolentes. Paraba la oreja, gulusmeaba desde su piano, fingiase el distraído, el frío; y así pudo cerciorarse de que la conspiración era seria y con ramificaciones en los burdeles cercanos al de Elvira, á cuyas inquilinas se había comunicado lo insoportable del sin cesar creciente dominio de Santa. Tratábase,—según Hipólito aclaró atando cabos,—de circular la especie de que la tal Santa estaba más enfer-